

un miserable psicologismo, fraccionar el espíritu y fundar, á manera de Platón, no una trinidad social, pero sí un dualismo constituido: primero, por la inteligencia que manda como señora; y segundo, por la libertad que obedece como esclava. Y como, por otro lado, no pone á la inteligencia más criterio de su actividad que la inteligencia misma, resulta que, siendo como son unas é idénticas en su origen, en su destino y en su fin la inteligencia y la libertad, viene, en resumen, á no poner tampoco más límites á la libertad que ella misma. Porque ¿cómo ha de ser límite de la libertad la inteligencia, que no es sino la libertad misma, puesto que ambas son términos integrantes del alma humana, inseparablemente constitutivos del hombre moral? ¿Con qué derecho, cuando la libertad se desentrene, vendrá la inteligencia á ponerle freno? ¿Quién le pondrá freno á su vez á la inteligencia?

Si por inteligencia, considerada como causa de la sociedad, y por consiguiente como principio de gobierno, entiende el filósofo la suma de inteligencias individuales ó de clases inteligentes llamadas al ejercicio del poder social, ¿en qué principio fundarán estos gobernantes el derecho de su soberanía? ¿Qué será, en resumen, su derecho, más que un derecho puramente humano? Y donde no hay más fundamento ni razón de la autoridad que el derecho puramente humano, ¿qué hay sino despotismo? Quien dice autoridad, dice derecho, dice legitimidad; ó lo que es lo mismo, dice posesión de la verdad, y tendencia al bien. ¿Y por ventura es la razón humana esta poseedora necesaria de la verdad y del bien?

Cuenta que, cuando decimos que estas consecuencias están contenidas en las doctrinas de Donoso, no queremos decir que él las haya deducido, ni mucho menos que su alma recta pudiera aceptarlas. Lejos de eso, toda su teoría social y política se propone hacer imposibles tales consecuencias. El hecho de la omnipotencia social le espanta; por eso tiene censuras para Platón y anatemas para Hobbes: repúgnale del propio modo la tiranía del que manda que la abyección del que obedece: no quiere en el primero imperio absoluto, ni en el segundo obediencia pasiva. Sabe bien, y enseña con grande claridad en su magnífica lección sexta sobre la soberanía absoluta y la soberanía limitada, que no poseyendo el hombre la verdad absoluta, no puede ejercer un poder absoluto; sabe que el principio y justificación de la obediencia en el súbdito es la libertad con que obedece, y que le hace posible, como súbdito inteligente. Guiado por su espiritualismo de filiación cristiana, y enemigo del materialismo, que hace posible el imperio de la fuerza bruta,

rechaza la soberanía popular, que no es sino el imperio de la voluntad y la fuerza del número: rechaza también la autocracia despótica, que no es sino el imperio de la voluntad de uno solo y la fuerza sin el derecho. No se le puede acusar de que se desentienda nunca del derecho: todas las aspiraciones de su corazón y todos los esfuerzos de su espíritu, tienen por objeto basar el imperio de las sociedades, es decir, el gobierno, en la razón y la justicia.

Hasta aquí nada hay que censurarle, y sí mucho que admirar en su talento comprensivo, en la rectitud de sus tendencias. Su error empieza, no tanto donde empieza á localizar la posesión relativa y limitada de aquella justicia y aquella razón que debe legitimar á los depositarios de la soberanía social, como donde investiga el fundamento inconcuso, el origen verdadero de esta legitimidad. "He localizado—dice—la soberanía en la razón, porque habiendo „de localizarla en alguna parte y no pudiendo localizarla en la libertad, que ni la comprende, ni la explica, ni la constituye, sólo „en la razón podíamos localizarla; puesto que, fuera de la libertad, „sólo la razón existe."

Enhorabuena: pero ¿no hay ningún principio que esté sobre la razón y la libertad? Para el Donoso de la época que vamos recorriendo, no le hay. En él no hallamos más que al sectario de un racionalismo manifiesto, bien que mitigado, sin duda, por el instinto cristiano. que duerme en su corazón y que, para dejarle en paz con su conciencia, le tolera seguir las filas de un eclecticismo filosófico y político en cuyas doctrinas piensa hallar la conciliación de contradicciones que le asedian y le oprimen. Una vez alistado en estas banderas, ya sabemos por qué envuelve á la teocracia católica en el anatema común contra todas las teocracias; ya sabemos por qué, no considerando á la Iglesia sino como uno de tantos elementos, si bien el más valioso de la moderna civilización, creyéndola por tanto sujeta á las transformaciones esenciales á la ley de aparición, progresos y desaparición de todos los fenómenos y de todas las instituciones humanas, puede decir de ella que "legítima en su origen (¿por qué?) porque ella sola pudo constituir la sociedad, y porque ella sola fué aclamada por las generaciones que „la vieron nacer, perdió su legitimidad después, cuando, queriendo perpetuar su yugo, se opuso al desarrollo espontáneo de la individualidad humana". Ya sabemos por qué el ecléctico racionalista tiene incienso que quemar en la tumba de Lutero, el que "concluyó la grande obra de la secularización de la inteligencia humana, dejando á la razón que se erigiese un trono, para hacer vaci-



„lar y caer los de los reyes„. Ya sabemos por qué tiene ditirambos que consagrar á la revolución francesa, en que „la inteligencia desbordada se inculca en la clase media de la sociedad para pedir y conquistar el cetro del mundo„. Ya sabemos por qué ese cristiano, que á toda costa quiere proclamar soberana su razón, sin abdicar su cristianismo, declarándose juez árbitro y amigable componedor entre todas las verdades y todos los errores, receloso de la autoridad que le ofende, temeroso de la libertad que le asusta, penetra en esa especie de limbo ecléctico, donde, si no hay pena ni gloria, tampoco hay nunca ni justos que esperen santo advenimiento, ni párvulos que aunque privados de gracia, puedan al menos ofrecer á la misericordia divina boca sin blasfemias y pecho sin terrores.

A la luz incierta de este eclecticismo presuntuoso formó toda su filosofía de la historia; y ciertamente, cuanto terreno puede explorarse en este camino con la sola guía de la razón humana, otro tanto vió nuestro filósofo descubriendo por doquiera nuevos y magníficos horizontes. Si fuera posible hacer la historia de la humanidad sin el criterio de la fe y de la doctrina católica, Donoso la habría hecho; pero desentendiéndose de este criterio, no se pueden descubrir más que fenómenos aislados, no se puede más que consignar hechos particulares: cuando se llega á la explicación de las causas y de las relaciones, se hacen insuperables las dificultades; y efectivamente ningún racionalista las ha vencido. La acción del hombre sólo puede explicarla quien conozca su naturaleza, y sólo la Iglesia católica la conoce: la marcha de la humanidad sólo puede entenderla quien sepa su fin y su destino, y sólo la Iglesia católica lo sabe. Católica, y no racionalista es la filosofía que proclamó el concierto armónico, la acción paralela y constante de los dos elementos que constituyen el criterio histórico, es decir, la libertad humana por una parte y la providencia divina por otra. Algunos racionalistas han plagiado esta idea, casi todos para desfigurarla monstruosamente. Donoso, que aun en medio de su eclecticismo vió con la intuición del cristiano la tremenda ilimitación de la libertad humana y la inefable majestad de la omnipotencia divina, debió naturalmente apoderarse y se apoderó de aquella idea para hacer sus atrevidas y grandiosas excursiones por el campo de la historia. Pero ¿qué son la libertad del hombre y la providencia de Dios? ¿Qué son sino ideas abstractas y estériles, cuando el espíritu católico no las concreta y las fecunda? ¿Qué importa conocer, con luz de razón sola, que existen relaciones del hombre para

con Dios, si se ignora la naturaleza y el fin de estas relaciones, que sólo la fe explica y define? ¿Cuál puede ser el resultado de esta ignorancia, sino un vago deísmo, sin provecho alguno para la gran ciencia de los deberes; ó un panteísmo humanitario, en el que, sepultada toda idea de libertad, la libertad de Dios y la libertad del hombre, se levante sobre este doble sepulcro, tremolando su satánica bandera, el orgullo humano?

La escuela ecléctica, que, partiendo del supuesto de que el error no es una oposición radical y absoluta contra la verdad, sino la misma verdad incompleta, se había propuesto la absurda tarea de componer con errores una verdad completa y absoluta, se dignó tomar bajo su protección al cristianismo y limpiarlo de todas las excrecencias depositadas en su doctrina por la Iglesia católica. Tan enemiga de lo concreto como incapaz de concebir lo absoluto, á fuerza de combinaciones, adicionando ó substrayendo lo que bien le ha parecido de todas las ideas y de todos los dogmas, nos ha dado: en el orden teológico, un Dios sin personalidad, vago, inactivo, que no sirve ni para causa, ni para providencia, ni para legislador, ni para juez: en el orden social religioso nos ha dado un dogma sin sanción, una Iglesia sin pastores, un culto sin ritos, que pueden tomar por suyos todo género de creencias que no sean las de un cristiano verdadero: en el orden social político nos ha dado un poder fraccionado, que tiene miedo de su propia autoridad y de la libertad de sus súbditos; una libertad indeterminada, que tiene miedo de sus facultades y de la autoridad del poder; reyes sin cetro; legisladores sin toga; aristocracias sin nobleza; democracias sin *foro* y sin tribuna: hasta en el orden artístico y literario nos ha dado un idealismo sin imágenes, un sentimentalismo sin pasión, que han producido esa desdichada falange de copleros psicólogos, de dramaturgos jeremiascos, que nos han aturdido el cerebro durante veinte años con sus dramas patibularios y sus disertaciones en varia rima.

Por fortuna de Donoso, y para honra de nuestra España, había en su espíritu una tendencia nativa á lo absoluto, que nunca se acomodó completamente á la artificiosa maraña de las transacciones eclécticas, y que es la que pone en su pluma ese entusiasmo místico que le vemos alimentar por todo lo que tiene una apariencia de grandeza, y esas ardientes execraciones contra todo lo que concibe como indigno de la majestad de Dios y de la libertad humana. Su voluntad no estaba dañada; su inteligencia sí estaba pervertida. Su voluntad recta le inspiraba esos anatemas reiterados contra la impía brutalidad de aquella demagogia sanguinaria del siglo pasado: su



voluntad recta le dictó esas páginas inmortales contra las doctrinas fundadas en el fraccionamiento del poder social, y en la exaltación de las ciegas turbas populares. Su voluntad recta le impulsaba á lanzarse violentamente en defensa de cuanto creía verdad, sin reparar en los peligros ó en los daños que pudieran acarrearle. No era esto vivir ni pensar *more eclecticico*. Los hombres acostumbrados á estudiar el corazón humano y á observar el ordinario desenvolvimiento de los caracteres, pudieron vaticinar que no profesaría largo tiempo en aquella escuela de equilibristas filosóficos y políticos que le contó en el número de sus adeptos. Según el camino que tomara su inteligencia, se veía claro que Donoso había de acabar por alistarse en alguna escuela dogmática; y que, atendida su tendencia á partir de principios absolutos, enunciados por afirmaciones soberanas, había de elegir los dogmas que afirman, y no los dogmas que niegan. Si hubiera podido adoptar estos últimos, sus negaciones habrían tenido que ser tan radicales como soberanas eran sus afirmaciones; y su voluntad recta, inflamada por su imaginación ardiente, no le hubiera, al cabo, consentido admitir ningún sistema que se fundase en negaciones. He aquí cómo la índole de su inteligencia, secretamente ayudada por el instinto cristiano que constituía la rectitud de su voluntad, debían necesariamente, con el auxilio de Dios, llevarle á profesar la filosofía católica.

La perversión de su inteligencia, hija de su primera educación racionalista, no le dejaba ver de lleno el vínculo que liga lo natural con lo sobrenatural; ó lo que es lo mismo, lo finito con lo infinito, lo temporal con lo eterno, al hombre y la sociedad con Dios, la política con la teología. La escuela en que él había hecho sus primeras armas, no solamente no era una escuela teológica, sino que, por el contrario, profesaba como doctrina fundamental la *secularización de la inteligencia humana*; es decir, la separación absoluta de la religión y de la ciencia. Se veía pues, obligada á explicar al hombre por el hombre, ó lo que es igual, la tiniebla con la tiniebla, el abismo con el abismo. Así, el espíritu de su filosofía de la historia era un puro humanitarismo, que, en el orden religioso tenía que resolverse en un panteísmo humanitario; y en el orden social y político se encontraba sola frente á frente con el puro derecho humano. Negando de este modo la personalidad de Dios en el orden religioso, se veía lógicamente obligada á negar la personalidad del poder en el orden social y político; y de aquí: primero, las doctrinas socialistas, que despersonalizando el poder para difundirlo en la universalidad de los individuos, le suprimen; segundo, las doctrinas comunistas, que con-

centrando el poder en el Estado, vienen á absorber enteramente la personalidad de los individuos, localizando la soberanía en un ente de razón, en nadie; y tercero, las doctrinas eclécticas, que fraccionando el poder y llevándolo como á un beodo del súbdito al imperante, y del imperante al súbdito, vienen á no personalizarlo ni en uno ni en otro, en ninguna parte. Quedándose sola frente á frente con el puro derecho humano, elevaba aquella escuela á teoría social necesaria el derecho de la fuerza; es decir, la supresión de todo derecho, y de aquí: primero, las doctrinas autocráticas, engendradoras del Cesareo papismo, que, poniendo en una sola y única mano la autoridad religiosa y la autoridad civil, prostituyen la primera en servicio de la segunda, y absorben, en la concentración de esta doble fuerza, la libertad del súbdito; segundo, las doctrinas democráticas, que elevan á criterio de la justicia la fuerza numérica de las voluntades; y tercero, las doctrinas oligárquicas, que proclamando el imperio de las inteligencias, dejan la libertad del súbdito á merced de todos los caprichos y de todos los errores de los inteligentes.

## IV

Donoso no podía permanecer mucho tiempo encerrado en este círculo vicioso, que guarda en todos los puntos de su circunferencia al despotismo; y en efecto, todas las evoluciones de su inteligencia hasta fines de 1847 no son más que esfuerzos de su instinto y de su carácter para libertarse de aquella especie de encantamiento ecléctico que le embargaba en su calidad de doctrinario.

Ya en su última lección de Derecho político, es decir, en Febrero de 1837, lección que naturalmente es como el resumen de todas las que pronunció en el Ateneo, revolviéndose sañudo contra los demagogos del pasado siglo, que si no dieron á los pueblos *pan ni libertad*, quisieron en cambio *despojarlos de su Dios*, le oímos exclamar: "¿Con qué llenaron ese inmenso vacío? Con la razón humana, que sucumbe si la fe no la sostiene; que desfallece si otra divinidad no la guía; con la razón humana

„Flor inodora,

„Estatua muda que la vista admira,

„Y que insensible el corazón no adora.,

Obsérvese bien la gradación de sus creencias; le hemos visto,